

Huber y D'Albignac desde Asturias habian penetrado tambien en Galicia por la costa, y apoderándose del Ferrol, cuya guarnicion se les sometió (15 de julio), y cuyos recursos y

ramos del gobierno de Sevilla y unirme á las tropas francesas, como tambien de las condiciones que he puesto, y que me han sido concedidas, conforme á las promesas que V. A. R. ha hecho á los españoles. Ruego á V. A. R. que tome en consideracion los documentos citados, y me concretaria á formar su extracto, si no creyere conveniente que V. A. R. los lea íntegros para que se forme una idea exacta de mi posicion.

»Estoy enteramente unido con el general Bourcke, y le he ofrecido todos los esfuerzos posibles por mi parte y por parte de las tropas que están bajo mis órdenes para obtener la libertad del rey y la completa pacificación del país. Los socorros que puedo prestar al ejército francés, aunque menores de lo que deseo, son de alguna importancia, porque podré contener los pueblos en los límites del orden y evitar muchos males. Mi conducta siempre franca y leal, y el interés que constantemente he manifestado á sus habitantes, me han procurado cierto crédito, que emplearé desde luego en provecho de estas provincias. Jamás hablaria de mí en estos términos á V. A. R. si no creyese que cuando se trata del bien público no debe callarse cosa alguna.

»Mientras que las tropas que mando trabajaban en poner un término á los males de la guerra y en contribuir tanto cuanto les era posible á la libertad del rey, por la que suspiran todos los buenos españoles, se nos ha dado el título de *revolucionarios* en un escrito publicado en Madrid, y no se nos hubiera prodigado esta injuria sin el consentimiento del gobierno, puesto que la Gaceta está sujeta á su censura. Presumo, serenísimo señor, que me han tratado con tanta ligereza de revolucionario, porque en vez de conciliar los espíritus y de atraerlos se procura exasperarlos, porque no me he dirigido directamente á la Regencia de Madrid. Esto me obliga á hablar francamente á V. A. R. de los motivos que he tenido, y que todavia tengo, para no entenderme con la Regencia de Madrid.

»Este gobierno no ha correspondido, á mi entender, á las esperanzas de V. A. R., y los españoles que piensan, que desean la estabilidad del trono, la prosperidad del pueblo, no encuentran en su marcha ni la firmeza ni la decision que podrian salvarnos. En cuanto á sus decretos, puede decirse que no ha dado uno fundado en los verdaderos principios de conciliacion; podemos considerarlos mas como las reglas que se impone un partido triunfante, que como las que deben seguirse para conseguir la union y la paz. Si atendemos á los hechos, hallaremos una apariencia aun menos favorable por lo que mira á la capacidad del gobierno actual. Por todas partes se oye hablar de desórdenes, de encarcelamientos arbitrarios, de insultos permitidos al pueblo, de exacciones violentas: en fin, se olvida el respeto debido á las leyes, y la anarquía no cesa de affigir á la desventurada España.

»Este cuadro no está exagerado, serenísimo señor, y los hombres mas sensatos de todas las provincias se desesperan al ver las riendas del gobierno flotantes, las autoridades procediendo con una arbitrariedad escandalosa, y el populacho desencadenado, halagado en vez de ser reprimido; al ver, en fin, que no se observan las leyes.

»Tal es la verdadera situacion de muchas provincias; y no creo que ni las felicitaciones recibidas por la Regencia, ni los regocijos desordenados de las poblaciones á la entrada de las tropas francesas ó de los realistas españoles, causen ilusion á algunos hasta el punto de persuadirse que no queda otra cosa que desear, y que la marcha del gobierno es buena y acertada. Mientras que el populacho recorre las calles y despedaza las lápidas de la Constitucion, insultando á cada paso á las personas mas respetables, profiriendo gritos furiosos de ¡muera! y entonando canciones de sangre y de desolacion, los hombres de bien lloran amargamente sobre la suerte de un país cuyo destino parece ser el caer siempre en las manos de gobernantes que le arrojan de extremo en extremo. Los españoles ilustrados y celosos del honor de su patria conciben muy bien que existen ciertos momentos en que no se puede reprimir á la muchedumbre; ¡pero qué juicio deberá formarse del estado de los negocios cuando estos momentos que deberian ser pasajeros, se prolongan semanas y meses enteros?

»Pues los hombres que experimentan ahora tanto disgusto son precisamente los que han derribado al gobierno anterior. Sí, serenísimo señor, no cabe duda alguna. Las córtes, despojando á los propietarios de sus bienes, distribuyendo los del clero secular, predicando y tolerando el desorden, hubieran arrastrado á la muchedumbre, y V. A. R. hubiera encontrado sobre las Pirineos numerosos ejércitos de patriotas que se hubieran formado como aconteció en Francia en iguales circunstancias; porque el pueblo español no es ni menos ilustrado ni menos afecto á su país que lo era el pueblo francés en la época de 1789. Mas los hombres de luces y de probidad, amaestrados por la revolucion francesa, han opuesto un dique al torrente de la anarquía: el resultado de sus esfuerzos no ha sido rápido, pero sí seguro: han conseguido formar esa opinion que ha desacreditado completamente á la demagogia, que ha sido causa de que ni el estímulo del desorden ni el imperio del terror hayan podido armar al pueblo en defensa de la Constitucion. Ahora solo se presta oídos á la voz confusa de la multitud; pero la calma sucederá á la efervescencia, y

pertrechos habian de servir grandemente á Bourcke para el ataque de la Coruña, de cuyos atrincheramientos exteriores logró hacerse dueño despues de un vivo combate, mientras que Morillo forzaba el puente de Sampayo, en que se habia fortificado una columna de constitucionales procedente de Vigo. Sensible debió ser para el conde de Cartagena batirse ahora en favor de los franceses y contra sus propios compatriotas defensores de la libertad, en aquel mismo sitio en que quince años antes, peleando con bizarría contra los franceses en defensa de la independencia y de la libertad española, dió á conocer sus brillantes prendas de guerrero, y cuyo combate fué de las primeras y mas gloriosas páginas de su carrera militar.

Apretaba Bourcke el cerco en la Coruña, merced á la artillería de todos calibres llevada del Ferrol. Una propuesta de capitulacion hecha al general Quiroga, ofreciendo la conservacion de sus grados y empleos á los oficiales, fué desechada. Habia en la plaza gran descontento y disgusto, y para acallarle se tomaron medidas horriblemente severas. La indisciplina del soldado cundia, y para contenerla se impuso pena de la vida al que robara dinero ó cualquier objeto por valor de una peseta. El inglés Wilson no creyó oportuno permanecer encerrado en la plaza, y embarcóse para Vigo, desde donde entabló negociaciones con el conde de Cartagena, hasta suponiendo que la Inglaterra saldria garante de sus proposiciones: mas no creyendo Morillo que tuviese semejantes poderes, contestóle que nada le detendria en sus operaciones hasta la conclusion de la paz general: A poco tiempo Wilson, desapareció de Galicia, volviéndose á Inglaterra. No tardó tampoco en abandonar la plaza el batallon, llamado legion liberal, de emigrados extranjeros, de los cuales hicieron algunos prisioneros los paisanos realistas de la parte de Vigo. Tambien Quiroga, viendo fuertemente atacada la plaza por mar y tierra, con deseo ó solo color de ponerse al frente de las tropas de Roselló y Palarea, se embarcó para Vigo, dejando el mando de la plaza, y al pueblo y la guarnicion descontentos y murmurando de su conducta (1).

Quedó tambien entonces de gobernador de la plaza el brigadier don Pedro Mendez de Vigo, hombre de opiniones exaltadas, y de fogosas pasiones políticas. Deploramos que en su tiempo se verificara uno de los hechos mas repugnantes y horribles con que las guerras civiles suelen por desgracia mancharse. Hallábanse acumulados en el castillo de San Anton los presos políticos enviados de varios puntos del reino, y principalmente de la corte, y se creyó oportuno sacarlos de la Coruña. Habia entre ellos personas notables del partido realista. Una noche se vieron aquellos infelices trasladados del castillo á un quechamarin en número de mas de cincuenta. Conducidos á algunas millas dentro del mar, y despues de maltratados por la soldadesca, aquellos desgraciados... no queremos referir pormenores que estremecen; despues de acuchillados fueron sumergidos en el fondo del mar. Al amanecer del 24 (julio) regresó al puerto y á la vista del castillo el barco descargado de las víctimas (2).

la verdadera opinion ocupará su lugar; y entonces ¡desgraciados de nosotros si el gobierno no la ha consultado!

Pero al mismo tiempo entregó tambien á O'Doyle un simple reconocimiento de la Regencia de Madrid durante la cautividad del rey, para que le presentase solo en el caso de una absoluta necesidad. No podemos nosotros penetrar, dice un autorizado escritor de aquel tiempo, las razones que para presentar este segundo documento, como lo hizo, tendria O'Doyle, cuya probidad, cuyo talento y cuyas estimables circunstancias son bien notorias. Ello es que quedó reconocida por Morillo la Regencia de Madrid.

(1) Quiroga en lugar de ir á Vigo siguió á Inglaterra en pos de Wilson.

(2) Por desgracia no era solo allí donde se cometian atentados de esta índole. Ya habia sucedido, con escándalo de la humanidad y con desdoro y mengua de la causa del liberalismo, el asesinato del obispo de Vich, don Fr. Raimundo Strench, furibundo conspirador realista, pero sujeto como los de la Coruña al fallo de las leyes, en ocasion de conducirse preso desde Barcelona á Zaragoza.—En Alicante habrian sufrido igual suerte que los de la Coruña veinticuatro frailes entregados al patron de un buque, si los sentimientos del conductor no hubieran impedido la catástrofe, trasladando los presos á Oropesa, en vez de arrojarlos á las olas.—

Mas si todo espíritu honrado se subleva contra semejantes crímenes, tampoco puede el hombre que abriga sentimientos de dignidad en su corazon, ver con serenidad que aquel mismo monarca que habia atizado y fomentado la sublevacion realista y llamado los ejércitos extranjeros para derribar la Constitucion española, estuviera en aquel mismo tiempo alentando á los liberales con proclamas como la que con fecha 1.º de agosto dirigió desde Cádiz á los pueblos de Galicia y Asturias y á los soldados del 4.º ejército de operaciones. No hay fuerza ni violencia moral que pueda cohonestar el que un rey que se hallaba en el caso de Fernando VII, hablara á los que en Galicia defendian aun la libertad con frases como las siguientes:

«No creyeron nuestros enemigos bastantes para la consecucion de sus desos, ni las feroces huestes que los siguen, ni el rebaño estúpido y fanático que tenian preparado de antemano para que ayudase sus abominables intentos; era preciso además que sembrasen la division de opiniones entre los amigos de la libertad, y el desaliento y disgusto entre los que tenian obligacion de ser sus mas firmes campeones.... Descubriose esta negra trama en Madrid con la desercion escandalosa del conde de La-Bisbal; siguió respirando despues, aunque con poco efecto, en otros parajes; y en fin, á vuestra vista, entre vosotros, el conde de Cartagena acaba de manifestarse instrumento ciego y víctima funesta de esas artes alveosas.... No era el general Morillo, ni su junta prevaricadora, los que habian de decidir solos de la suerte del Estado. Formando un nuevo orden de cosas incompatible con las leyes y repugnante á la voluntad general, para lo que no tenian ni autoridad ni poder, y suponiendo gratuitamente que la Constitucion no existia, ellos eran los que realmente la derribaban, ellos los que tomaban á su cargo el entregar la patria á la dominacion de los franceses.... ¿A qué aspiraban, pues, estos insensatos? ¿Presumian acaso sobreponer su opinion á la opinion de los otros, y poner un término á la guerra cuando á ellos les conviniese descansar? No; la España constitucional no sucumbe tan fácilmente. Pueden sus viles enemigos abusar de su buena fe, los reveses afligirla, las naciones desampararla, algunos hijos degenerados venderla; pero ella, firme en medio del temporal deshecho que la combate.... resistirá, y no pactará jamás en perjuicio de estos derechos imprescriptibles, que todas las leyes del cielo y de la tierra la aseguran y afianzan á porfia.

»Otros se los mantendrán, ya que estos hombres pervertidos no se los han querido defender.... Otros sin duda sabrán coronarse con esta gloria, mientras que esos tráfugas se ven ya borrados del libro del honor y de la vida. Siéntense en buen hora en el puesto de ignominia que ya les señalan la posteridad y la historia; sigan siendo el vilipendio de los franceses, el juguete de los facciosos, los siervos miserables de unos y otros, al paso que vosotros, hombres generosos y leales, desoyendo sus consejos y desbaratando sus intrigas, os habeis

Otros veinticuatro infelices de Manresa, entre ellos quince eclesiásticos, que iban conducidos á Barcelona, fueron muertos á balazos so pretexto de que habian salido á libertarlos los facciosos.

Siempre se alegaba para estos actos algun pretexto parecido. Dijeron de los de la Coruña que estaban en relaciones secretas con algunos realistas de la poblacion para el plan de asesinar una gran parte de los liberales el dia en que por la entrada de las tropas francesas fueran puestos en libertad.—Sobre el asesinato del obispo de Vich y de su lego, que produjo despues una causa ruidosa, prometió Mina en sus Memorias no perdonar diligencia alguna para averiguar las causas y circunstancias del hecho. Esto lo ha cumplido su ilustre viuda, explicándolo en una nota puesta á las mismas (tomo 3.º, páginas 239 y siguientes), con arreglo á los documentos que pudo adquirir, resultando de ellos que atacado por los facciosos el oficial que lo conducia, el obispo y su lego intentaron persuadir á la escolta que se rindiese, y entonces, recelando que pudieran escaparse, les dieron muerte.

De todos modos, estas y otras semejantes crueldades, hijas de la exaltacion política imprudentemente irritada, y tambien del mal corazon de algunos, que nunca faltan en ninguna causa ni partido, por noble que sea, sirvieron luego de pretexto á los realistas para cometer los horrores con que mancharon el período de la reaccion, y de los cuales, siquiera sea en conjunto y con harto dolor y pena, tendremos que dar cuenta despues.

cubierto de un lauro inmarchitable, que la patria contempla agradecida, y el mundo con estimacion y respeto.—Continuad, pues, en el honroso camino que vuestra lealtad supo abrirnos. Manteneos firmes junto al estandarte de la libertad y de la independencia. Sea la Constitucion vuestro punto de apoyo, etc.—FERNANDO.—Cádiz, 1.º de agosto de 1823 (1).»

Pero el sitio de la Coruña apretaba. Desde el 6 de agosto todas las baterías habian comenzado á hacer fuego, incendiándose edificios en tres diferentes cuarteles de la ciudad. En la mañana del 11 una bandera blanca enarbolada en el camino cubierto hizo señal de capitulacion. Pero el general Novella pretendia que el general francés declarara que la guarnicion habia cumplido su deber y obedecido á Fernando VII, que la tomara bajo su proteccion el duque de Angulema, pero sin reconocer la Regencia de Madrid, esperando en esta actitud el resultado de los negocios de Cádiz y las órdenes del rey. Negóse Bourcke á admitir tales condiciones, y habiendo enviado su ultimatum, decidióse la guarnicion á capitular poniendo las bases de la estipulacion en manos del general en jefe Morillo. El 21 de agosto ocuparon las tropas francesas la Coruña; componiase la guarnicion de mas de tres mil hombres, al mando de jefes tan decididos y resueltos como Novella, Campillo y Jáuregui (el Pastor), los cuales volvieron á ponerse á las órdenes del conde de Cartagena.

Con esto y con la toma de Vigo por los realistas, no quedaban en Galicia mas tropas constitucionales que la columna de Roselló, la cual despues de la refriega del puente de Sampayo se habia retirado hácia Orense, y de allí á la provincia de Zamora. Érale imposible sostenerse contra las fuerzas combinadas de Bourcke y de Morillo, que en diferentes direcciones se destacaron en su persecucion. Alcanzada en Gallegos del Campo, y con enemigos al frente y á la espalda, tuvo Roselló por excusado el combatir, y rindió las armas (27 de agosto). La capitulacion, que se firmó en el lugarcito de Maide, declaró la columna prisionera de guerra, y en este concepto Roselló, Mendez Vigo y Palarea, con cuatro coroneles, seis tenientes coroneles, ciento cuarenta oficiales y cerca de mil trescientos hombres de tropa, fueron conducidos prisioneros á Francia.

De este modo quedó sometida toda Galicia á las armas realistas. El general Bourcke, dejando guarnecidas las principales ciudades, tomó con el resto de sus fuerzas la vuelta de Madrid, quedando en aquel reino el conde de Cartagena para conservar la tranquilidad pública. Y de este modo tambien, de los cuatro ejércitos constitucionales que se habian organizado para resistir la invasion francesa, los tres, el de La-Bisbal, el de Ballesteros y el de Morillo, habian hecho ya su sumision. Restaba solo el de Cataluña, mandado por Mina; único punto en que el francés habia encontrado formal resistencia.

Cuando los franceses invadieron á Cataluña, Mina y los demás caudillos constitucionales habian dado tales y tan repetidos golpes á las facciones del Principado, que puede decirse que estaban deshechas. Dispersas en pequeñas bandas andaban algunas por el país, huyendo la persecucion activa de las tropas. Ocupábase entonces Mina, de acuerdo con los jefes políticos, intendentes y diputaciones, en arbitrar recursos y en proveer al reemplazo del ejército permanente. Cierta que aun tenia á su disposicion mas de veinte mil hombres de tropas regulares, que constituian el primer ejército de operaciones, aparte de los voluntarios nacionales que en no pequeño número le seguian... Pero eran tantas las plazas que habia tomado y tenido necesidad de guarnecer, que apenas le quedarían ocho mil hombres libres de que disponer, los cuales estaban casi en continuo movimiento en todas direcciones. Con la entrada del general francés Monecy, duque de Conegliano, con el cuarto cuerpo de ejército, y de las facciones capitaneadas por el baron de Eroles, Mosen Anton, y otros que habian sido arrojados antes por Mina á territorio francés y ahora volvian pertrechados y repuestos, alentóse naturalmente el espíritu de los realistas catalanes, y crecieron las dificultades para Mina y los jefes del ejército constitucional.

(1) Miraflores, en el tomo II de sus apéndices, inserta íntegro este documento, que es largo, y está escrito todo en el mismo espíritu.

De contado el gobernador y guarnicion de Gerona tuvieron que abandonar la plaza por creerla insostenible contra las fuerzas que iban sobre ella (24 de abril); así como se había mandado retirar la guarnicion de Rosas, y hubo necesidad de trasladar á otra parte la compañía de artillería que había en Figueras.

Poblaciones importantes iban cayendo en poder de los franceses y de los partidarios del país que tan reforzados venían ahora de Francia. Conocedores estos del terreno y con tan buenos ó mejores espías que pudieran tener los constitucionales, eran unos utilísimos auxiliares de los extranjeros. Mina, Milans, Llovera y demás caudillos de las tropas liberales, amenazados por todas partes de fuerzas superiores, con las cuales fuera tenacidad exponerse á sostener serias y formales batallas, suplían la inferioridad numérica con la continua movilidad, con las incesantes y ligeras evoluciones, marchas y contramarchas, buscando alguna ocasion de sorprender al enemigo y evitando todo descuido de que este pudiera aprovecharse. Así es que pasaban días y días sin otro resultado que pequeños y muy parciales reencuentros, de éxito vario para unos y para otros, pero sin que el francés alcanzase ventaja de consideracion, cuando tan fáciles triunfos se prometía.

Una proclama del vizconde Donnadiou, comandante de la décima division del ejército francés, y furibundo realista, y otra de la Junta central provisional que él mandó establecer, ambas fechadas en Vich (6 y 10 de mayo), irritaron de tal modo á Mina, que por su parte publicó otra desde el campamento de Sellent (15 de mayo), con los dos únicos y terribles artículos siguientes:—«1.º Todo el que por hacer parte de la junta, ayuntamiento ó cualquier otro género de corporacion opuesta al actual sistema de gobierno, ó por alistarse á tomar las armas, conspirase contra la Constitucion política de la monarquía española, que es lo mismo que conspirar contra la religion católica, apostólica romana, contra la legitimidad y perpetuidad del reinado del señor don Fernando VII y aun contra su voluntad expresa, será fusilado irremisiblemente en el momento en que sea habido.—2.º Todo pueblo en que se toque á rebato ó somaten contra las tropas ó individuos constitucionales, será tambien incendiado hasta reducirlo á cenizas, ó derruido hasta que no quede piedra sobre piedra; y las autoridades me responderán además personalmente.—Imprímase, publíquese, y circúlese sin detencion para que llegue á noticia de todos.»

Así iba marchando la guerra en Cataluña, sin combate alguno de consideracion. Mina, que ignoraba lo que pasaba en el resto de España y que tenía la mas alta idea de la decision, de la pericia y de las prendas militares de La Bisbal, de Ballesteros y de Morillo, jefes de los otros tres ejércitos de operaciones, y que confiaba en que por lo menos alguno de ellos mejoraría su crítica situación llamando la atencion del enemigo hácia otra parte, supo con verdadera pena, sin acertar á explicar el suceso, que los franceses estaban apoderados del alto Aragon, cuya noticia recibió como una verdadera desgracia, y como síntoma de otras. No tardó en efecto en experimentar otro contratiempo. En una operacion que dispuso con intento de sorprender la guarnicion de Vich, y á causa de un retraso en su columna, ocasionado por la lóbreguez de la noche, no solo no logró la sorpresa, sino que habiéndose empeñado varias refriegas á las inmediaciones de la ciudad, en una de ellas cayó mortalmente herido su jefe de estado mayor Zorraquin (26 de mayo), costando no poco trabajo y gran riesgo retirar su cuerpo del sitio peligroso en que yacía tendido. Al día siguiente sucumbió de la herida aquel benemérito guerrero, nombrado como hemos visto, ministro de la Guerra del gobierno constitucional, el amigo de mas intimidad y de mejor consejo de Mina, que lloró su muerte, como la lloró todo el ejército, que admiraba su valor y la superioridad de sus conocimientos militares (1).

(1) «Fué un ¡ay! triste, general, el que se oyó de todos los que percibieron la noticia (dice Mina en sus Memorias), porque no había en el ejército un solo individuo que no admirase en él reunidas las prendas todas que ennoblecen al hombre en la sociedad, y sobre todo las partes

Grandes fatigas, privaciones y trabajos padecieron despues de este contratiempo así el general Mina como la division que consigo llevaba, especialmente en la primera quincena del mes de junio. Resuelto á hacer una invasion en la Cerdeña francesa, como el gobierno deseaba, y como antes en otras ocasiones se había ejecutado, aunque sin esperanzas por su parte de mover á los liberales franceses, como muchos haciéndose ilusion creían, llegó en medio de peligros y dificultades al pueblo de Palau, en territorio francés, donde formó su campamento. A media hora de distancia y al pueblo de Mallover llegó tambien aquella tarde la division de Gurrea. Mas no habiendo surtido efecto en el país esta invasion, levantaron su campo ambas columnas, y marcharon á reunirse en su retroceso en las alturas frente á Puigcerdá. Aquí comenzaron á verse acosados de enemigos, teniendo que marchar por toda la cordillera del Pirineo. Donde quiera que intentaban descender, tropezaban con doble fuerza preparada á combatirlos; todos los pasos encontraban cortados: no hallaban otro terreno por donde poder marchar que las crestas de la sierra, por donde seguían extenuados de fatiga y de necesidad. «Solo el empeño, dice Mina en sus Memorias, de no caer en manos de nuestros verdugos pudo dar aliento y sufrimiento para soportar tanta fatiga y penalidad.»

Un temporal deshecho y furioso de granizo, nieve y ventisca que se levantó en la mañana del 14 (junio), vino á aumentar el conflicto de los que vagaban sin vereda ni camino por aquellas asperezas. Desorientados todos, Mina dió orden de retroceder por la huella misma que la division había abierto; mas á los pocos pasos ya no se conocía huella, habiéndola cubierto la arremolinada nieve. Hombres y caballos tropezaban en peñascos y caían en derrumbaderos. El mismo Mina, queriendo salvar á un soldado que se despeñaba, cayó sobre una roca, lastimándose una pierna y dándose tal golpe en el pecho que arrojó alguna sangre por la boca. Por fortuna con mil trabajos pudieron llegar al convento de Nuria, donde descansaron dos horas. Trepano despues por el puerto de Fenestrelles, único que les quedaba libre, al frente de Mont-Luis, atravesaron la Cerdeña francesa. Para ganar luego la cordillera de Carol, tuvieron que formar escalones, é ir sosteniendo el fuego contra el enemigo. Fatigosamente subieron el monte de Maranches; á la bajada se vieron flanqueados de columnas enemigas que los acosaban de cerca. Mina apenas podía andar de resultas de las caídas y de los golpes; la venida de la noche les favoreció en esta ocasion: á favor de ella, y haciendo un esfuerzo sobrehumano, pudieron llegar á Urgel, unos tras otros, en compañías, en pelotones, dispersos y estropeados todos (2).

Súpose allí con mucha pesadumbre que Gurrea y su division, que marchaban delante en aquella horrible noche de la borrasca, cegados por el viento y la nieve, habían descendido del puerto mas de lo que debieran, y habiéndose encontrado despues hácia la altura del frente de Puigcerdá con una division de seis ú ocho mil enemigos, acometido por todas partes, había caído prisionero de los franceses con cerca de quinientos hombres, entre ellos el secretario particular de Mina, que llevaba consigo muchos documentos oficiales.

Dos solos días pudo Mina descansar en Urgel, atendiendo en lo posible á su curacion. Las circunstancias no le permitieron mas reposo. Moviése, pues, de nuevo, aunque con mucha molestia, y en la tarde del 23 de junio llegó á Tarragona, donde encontró al coronel don Evaristo San Miguel, que como saben nuestros lectores, acababa de ser ministro de Estado, y había querido volver á emplear como militar su espada en defensa de la Constitucion. Mina le nombró interinamente jefe

completas de un soldado, de quien la patria debía esperar mucho en su angustiada posicion, y en cualquiera otra. Maldije mil veces á los infames invasores que me habían privado de tan buen compañero.»

(2) «No es mi pluma, escribía Mina, capaz de pintar los padecimientos de todas clases que experimentamos en esta retirada, los peligros que arrojó aquella incomparable columna y la constancia de todos los individuos que la componían, y menos los elogios que le eran debidos. Victorias muy granadas ha habido, y yo mismo he ganado que no merecían tantos laureos como esta hazaña militar, de que yo conozco pocas iguales en su clase, reunidas todas las circunstancias que mediaban.»

del estado mayor de su ejército, cuyo cargo desempeñaba provisionalmente don Pedro Alonso despues de la muerte de Zorraquin. Moviéronse todos desde allí en direccion de Barcelona, acampó la division en Sans, media hora de la ciudad, y desde aquel pueblecito dirigió Mina una enérgica representacion al gobierno (30 de junio), manifestándole con tanto sentimiento como franqueza, que si inmediatamente no le enviaba refuerzos de tropa, no podía responder de la salvacion de Cataluña, lo cual podía traer la ruina de la patria.

Pero cruzóse esta comunicacion con la que á su vez el ministro de la Guerra le dirigía á él desde Cádiz (28 de junio), dándole instrucciones, autorizándole para aumentar su ejército, exigir de las diputaciones auxilio de dinero, equipos y subsistencias, y hacer excursiones á las provincias de Aragon y Castellon de la Plana. Por estas comunicaciones comprendieron recíprocamente y casi á un tiempo el gobierno de Cádiz y el capitán general de Cataluña que su situacion respectiva era igualmente, ó poco mas ó menos, aflictiva y apurada, y que uno y otro se verían pronto reducidos á hacer los últimos y desesperados esfuerzos.

Mientras duró la penosísima y desastrosa expedicion de Mina por el Pirineo, ignoraba las operaciones y la suerte de las demás divisiones de su ejército. Dirigidas estas por Milans y Llovera, habían seguido, como antes, en continua movilidad, ya hácia la costa hasta Mataró, ya mas al interior, pero no desviándose nunca mucho de Barcelona, donde apelaban siempre en demanda de recursos y de columnas auxiliares, que la diputacion provincial, y el gobernador general Rotten, les facilitaban en todo lo que podían. Con este sistema, y limitados á parciales reencuentros, porque á mas no alcanzaban sus fuerzas, si no obtuvieron ventajas, tampoco sufrieron descalabros, que en tales circunstancias no fué escaso mérito. En los últimos días de junio reconcentráronse unos y otros en derredor del cuartel general de Mina en las cercanías y casi á las puertas de Barcelona.

Con tal motivo desde principios de julio pudieron ya concertarse las operaciones y maniobrar la mayor parte de las fuerzas bajo la direccion del general en jefe, y así comenzaron á hacerlo, marchando sucesivamente la tercera y la primera division á situarse en Molins de Rey y Orta: si bien hubo la desgracia de que en aquellos primeros días se agravaran de tal modo las dolencias de Mina, resultado de los golpes y padecimientos de las anteriores jornadas, que hubo que conducirlo en una camilla y en hombros de soldados á Barcelona, donde habiéndose puesto en formal curacion consiguió algun alivio. El 3 (julio) se celebró una junta de jefes en Vallirana, á que asistieron el general Manso, Llovera, Miranda, el jefe de estado mayor de la division de Milans, por hallarse este indispuerto, y el del estado mayor del ejército San Miguel, para acordar medidas en vista de la aproximacion del enemigo. Aprobadas que fueron por Mina, emprendieron unos y otros con arreglo á ellas sus movimientos, movimientos en que ni nos incumbe ni nos sería fácil seguirlos. Diremos, sí, en conjunto, que apenas pasaba día sin que las tropas constitucionales ó se vieran amenazadas ó se tropezaran con columnas enemigas, algunas de seis y aun de ocho mil hombres, ya franceses, ya de las facciones del país, con las cuales sostuvieron frecuentes y honrosos combates. Mas si bien no pudieron impedir que el ejército francés se acercara y casi circunvalara á Barcelona, harto hicieron en sostenerse todavía todo aquel mes sin grave pérdida. La escasez de recursos era grande: Mina, no obstante el delicado estado de su salud, atendía solícitamente á todo, y merced á sus reiteradas gestiones con el gobierno, consolóse mucho con la noticia de que este le enviaba, haciendo tambien por su parte un sacrificio, millon y medio de reales en efectivo, trigo y harinas por valor de medio millon, y varios efectos de equipo, lo que le proporcionaba al menos algun desahogo para las infinitas atenciones que sobre él pesaban, careciendo casi absolutamente de recursos á que apelar ya dentro del país.

Habia tambien en Cataluña, como en Galicia, una llamada *Legion liberal extranjera*, que este título mandaron las cortes que se diese á estos pequeños cuerpos compuestos de emigrados extranjeros, principalmente italianos y franceses, que

obligados á abandonar su patria á consecuencia de las reacciones políticas, vinieron á España á tomar las armas en favor de la libertad. Sobre no poder por su corto número hacer grandes servicios á la causa, al organizarse esta legion en Cataluña suscitáronse entre ellos pretensiones, discordias é intrigas, aspirando cada cual á mayor graduacion que los otros, y dando no poco que hacer con quejas y reclamaciones diarias á los encargados de su clasificacion (1).—Tambien se formaron otros cuerpos volantes con los nombres de *Cazadores de Mina*, *Cazadores de la Constitucion*, compuestos de gente muy animada y resuelta; y aun alguna otra partida de guerrilla, que hubo que disolver, porque mas que en combatir á los enemigos se ocupaba en molestar con exigencias y atropellos á los pueblos.

En este estado comenzó á experimentar Mina grandes sinsabores y disgustos, con la defecion de algunos de los jefes en quienes tenía mas confianza, y que habían de acelerar la ruina de la ya harto combatida causa constitucional. El mariscal Moncey, duque de Conegliano, se había dirigido al general Manso (28 de julio), jefe de la segunda division y gobernador y comandante general de Tarragona, exponiéndole los acontecimientos de Sevilla, y excitándole á que, imitando la conducta del general Morillo, reconociese la Regencia de Madrid, y concurriese con su ejército á dar al país la paz y tranquilidad que tanto necesitaba. Contestó Manso al mariscal francés (31 de julio), rechazando noble y resueltamente su proposicion, como ofensiva á su lealtad militar y al juramento que á la Constitucion, de orden del mismo rey tenía prestado. Mas á pesar de esta respuesta (que Mina dudó si había sido auténtica ó fraguada despues), á los tres días de ella vióse con asombro al general Manso solicitar del general francés desde Torredembarra (3 de agosto) una suspension de hostilidades, en tanto, decía, que regresaban de Cádiz los comisionados que iba á mandar pidiendo se declarara llegado el caso de modificar la Constitucion, que el pueblo, tal como estaba, rechazaba y aborrecía. Acompañáronle en esta resolucion el batallon de Hostalrich, el escuadron del Príncipe y varios jefes y oficiales del de Málaga. Aseguró haber escrito el 4 á Mina, dándole cuenta de esta resolucion y exponiéndole las causas que á ella le habían impulsado; pero Mina afirmó siempre no haber llegado á sus manos semejante comunicacion, inclinándose á creer que no había existido.

Lo que no tiene duda es que Manso se dirigió á todas las autoridades militares y civiles de Tarragona, manifestándoles su resolucion, expresando su deseo de que se declararan trascurridos los ocho años prescritos por el código constitucional para proceder á su reforma, é invitando á todos á que siguieran su ejemplo. El gobernador Perena reunió en junta todas las autoridades y corporaciones, diputacion provincial, ayuntamiento, intendente, gobernador eclesiástico, capitán del puerto, jefes de todos los cuerpos militares, y de estado mayor y de plaza, para deliberar sobre el contenido del oficio de Manso y contestacion que debería dársele. Anticipóse á todos el batallon de infantería 1.º de línea, levantando un acta solemne (5 de agosto), á la cual se adhirieron los demás cuerpos de la guarnicion, desaprobando las proposiciones de Manso como denigrativas á su honor y contrarias á sus juramentos; no reconociendo sino lo que la nacion legítimamente representada determinase, ni obediendo otras órdenes que las del general en jefe don Francisco Espoz y Mina, á quien se haría presente la sorpresa é indignacion con que se había recibido el degradante oficio de Manso; que por vía de precaucion se prohibiera la entrada en la plaza á los cuerpos que á aquel habían seguido, y que se enviase á estos un oficial de confianza para sacarlos del error en que pudieran estar.

Contestó el ayuntamiento al general Manso, manifestando ser ajenos á la corporacion los asuntos de que se hablaba en su oficio, pero que de todos modos estaba resuelto á no permitir que entrara en la poblacion ni fuerza ni autoridad alguna que no dependiera de S. M. el rey constitucional de España y su legítimo gobierno. Esta contestacion le sirvió de voto,

(1) Entre los franceses se hallaba Armand Carrel, redactor despues de *el Nacional*.